

## LA FORMA CRISTIANA DE LIBERTAD Y CONCIENCIA A LA LUZ DE LA *VERITATIS SPLENDOR*

G. DEL POZO ABEJÓN  
FACULTAD DE TEOLOGÍA "SAN DÁMASO"  
MADRID

### INTRODUCCIÓN

En este trabajo se estudia el tema de la educación de la libertad y de la formación de la conciencia a la luz de la encíclica *Veritatis Splendor* de Juan Pablo II. El Papa enmarca su reflexión en la perspectiva de la tarea evangelizadora de la Iglesia. Por eso, antes de hablar de la libertad y la conciencia, conviene mostrar la necesidad que tiene hoy la Iglesia de anunciar la propuesta moral.

Juan Pablo II afirma que la evangelización es el desafío más importante que la Iglesia está llamada a afrontar: define la razón misma de su existencia. Ahora bien, *"la evangelización -y por tanto la 'nueva evangelización'- reclama también el anuncio de la propuesta moral"* (n. 107), anuncio que se topa hoy con unas dificultades especiales. La descristianización, que golpea a pueblos enteros y comunidades en otro tiempo ricos de fe y vida cristiana, no causa sólo la pérdida de la fe o su falta de relevancia para la vida, sino también y necesariamente pérdida o falta del sentido moral, bien por el oscurecimiento de la originalidad de la moral evangélica, bien por la desaparición de los principios y valores éticos fundamentales (n. 106). En efecto, por una parte, se ha extendido la idea de que la Biblia ofrece una orientación de fondo para la vida moral por medio del mandamiento del amor a Dios y al prójimo, pero que no nos enseña, ni nadie lo puede hacer, qué significa en cada caso el amor al prójimo. Esto queda reservado a la determinación de la libertad de cada uno haciendo uso de su sabiduría. La separación entre fe y moral está teniendo consecuencias negativas en la vida de la Iglesia. Inmersos en un mundo en proceso de

secularismo, en el que se piensa y se vive “como si Dios no existiese”, los cristianos no siempre son conscientes de la originalidad de su fe como camino y fuente de criterios morales para su actuación en la vida personal, familiar y social (n. 88). Por otra parte, hoy existe una gran incertidumbre respecto a la objetividad moral. Se van perdiendo los criterios objetivos y universales que deberían modular el desarrollo de la libertad y de la conciencia y van siendo sustituidos por otros como el de eficacia, opinión mayoritaria, consenso social y cientismo. Esto favorece el relativismo (n. 84), alimenta la mentalidad pragmática (n. 112) y propende a restringir la vigencia de la moral tradicional a la vida privada de los que aún sigan creyendo.

La crisis moral tiene raíces culturales. La principal de todas es la exaltación y absolutización de la libertad y de la conciencia individual a las que muchas veces se pretende separar de la verdad del hombre y de Dios. La libertad es considerada como la fuente de los valores. Y a la conciencia individual se le asigna el poder de fijar, de modo autónomo e infalible, los criterios del bien y del mal (n. 32). Pero más en la raíz de este mal está la persuasión de que no hay verdades universales, de que toda verdad es contingente y revisable, y de que toda certeza es síntoma de inmadurez y dogmatismo. El hombre actual ya no está convencido de que sólo en la verdad puede encontrar la salvación (n. 84). Llega así a pensar que el agnosticismo y el relativismo constituyen la filosofía y la actitud correspondientes a la madurez humana y a las formas políticas democráticas, y que quienes como los cristianos están convencidos de conocer la verdad y se adhieren a ella con firmeza son personas que no han conseguido la madurez y, por tanto, no son fiables desde el punto de vista democrático.

Ahora bien, “según la fe cristiana y la doctrina de la Iglesia, ‘sólo la libertad que se somete a la Verdad conduce a la persona humana a su verdadero bien. El bien de la persona consiste en permanecer en la Verdad y realizar la Verdad’... La cultura contemporánea ha perdido en gran parte este vínculo esencial entre Verdad-Bien-Libertad y, por tanto, despertar en el hombre el deseo de redescubrirlo es hoy una de las exigencias propias de la misión de la Iglesia para la salvación del mundo” (n. 84). Asimismo la dignidad de la conciencia brota siempre de la verdad (n. 63). Por eso, la tarea pastoral de la Iglesia en el campo moral consistirá también en “guiar con gran amor a los fieles en la formación de una conciencia moral que juzgue y lleve a decisiones según la verdad” (n. 85). La Iglesia lleva a cabo esta tarea no sólo con el don de la palabra anunciada, sino también y de manera primordial, con el don de la palabra vivida, principalmente con los ejemplos de los santos, muchas veces humildes y escondidos a los ojos de

los hombres, pero que constituyen el ejemplo más bello a través del cual podemos percibir de manera directa la belleza de la verdad moral, la fuerza liberadora del amor de Dios, el valor de la fidelidad incondicional a todas las exigencias de la ley del Señor, incluso en las circunstancias más difíciles. Por eso, la Iglesia ha invitado siempre a los creyentes a buscar en los santos y santas, y en primer lugar en la Virgen Madre de Dios, “llena de gracia” y “toda santa”, el modelo, la fuerza y la alegría de una vida conforme a los mandamientos de Dios y las bienaventuranzas del Evangelio (n. 107).

Ahora bien, las tendencias subjetivistas, utilitaristas y relativistas hoy dominantes se presentan no sólo como posiciones pragmáticas o como costumbres de la época, sino como opiniones consolidadas desde el punto de vista de la razón, que reivindican su plena legitimidad cultural y social (n. 106). Por consiguiente, el objetivo pastoral exige como tarea previa e ineludible mostrar con plausibilidad el vínculo constitutivo entre la libertad y la verdad, entre la libertad y la ley moral, entre la conciencia y la verdad contenida en la ley moral, vínculo frecuentemente roto en la cultura moderna y oscurecido y debilitado en ciertas tendencias actuales de la teología moral. Pues bien, hablaré del modo como concibe el Papa la vinculación constitutiva de la libertad y de la conciencia con la verdad, y del camino que deben recorrer ambas hasta conformarse según la verdad de Dios y del hombre, conocida en parte por la razón y definitivamente esclarecida en Cristo.

## I. LIBERTAD Y VERDAD OBJETIVA DEL HOMBRE Y DE DIOS

La libertad humana es real, pero limitada; es la libertad de una criatura, un don precioso, pero frágil como un niño recién nacido que se ha de cuidar con mimo y educar con responsabilidad. “Maestro, ¿qué he de hacer de bueno para alcanzar la vida eterna?” (Mt 19,16). El joven rico quiere saber qué debe hacer del don de su libertad para salvarse, porque hay formas de usar la libertad que conducen a la destrucción del hombre. La pregunta misma pone de relieve que no es la libertad la que decide el criterio de la bondad, sino la verdad (n. 86). *Actúa conforme a lo que eres* es la fórmula que expresa la primera verdad objetiva moral: la primera concreción de cómo ser libre de una manera buena y salvadora.

La filosofía y la teología han expresado la relación de la libertad con la verdad del hombre mediante la categoría de la ley natural. Pero hay dos maneras erradas de concebir dicha relación. La primera concibe la ley natural como una ley física identificada con los dinamismos biológicos, los impulsos psíquicos o los condicionamientos sociales. Juan Pablo II rechaza

esta concepción porque no tiene en cuenta la singularidad del hombre como ser libre (n. 46). *Actúa conforme a lo que eres* equivaldría entonces a *sigue mecánicamente las inclinaciones de la naturaleza*. El esplendor de la verdad no puede brillar en la vida moral sin el esplendor de la libertad (n. 38). La segunda concibe la libertad como una instancia creadora de sí misma, de sus valores y, a la postre, del hombre mismo (n. 46). El hombre no tendría propiamente naturaleza, o, al menos, ésta ya no sería el lugar en el que descubre la verdad de su ser, sino un mero producto de su libertad autónoma (n. 48). *Actúa conforme a lo que eres* equivaldría entonces a *crea autónomamente tu propio ser y tu propia esencia*.

La praxis inspirada en esta última concepción de la libertad está teniendo hoy consecuencias destructivas en la vida personal, familiar y social (n. 84, 98-99,101). Luego configurar autónomamente el propio ser no es el modo bueno de ser libre que conduce a la vida. Además, el hombre se siente fascinado no sólo por su libertad, sino también por la verdad que descubre con su inteligencia. Más aún, el esplendor de la libertad sólo puede tener lugar en el marco del esplendor de la verdad sobre el hombre. En este sentido, el Papa enseña con Santo Tomás que “la ley natural no es otra cosa que la luz de la inteligencia infundida en nosotros por Dios. Gracias a ella conocemos lo que se debe hacer y lo que se debe evitar. Dios dio esta luz y esta ley al hombre en la creación” (n. 40). Cristo responde al joven que guarde los mandamientos del Decálogo. Ahora bien, el Decálogo expresa lo que para el hombre significa “Yo soy el Señor tu Dios” y sus diversos mandamientos “pertenecen a la revelación de Dios. Nos enseñan al mismo tiempo la verdad sobre el hombre. Ponen de relieve los deberes esenciales e indirectamente los derechos fundamentales, inherentes a la naturaleza de la persona. Los mandamientos... tutelan el bien de la persona imagen de Dios, a través de la tutela de sus bienes particulares” (n. 13).

Ser libre del modo bueno que conduce a la vida significa según esto actuar conforme a la inteligencia infundida por Dios en nosotros que nos enseña a dar a Dios Creador (primera parte de la tabla) y al hombre creado a su imagen (segunda parte) cuanto les es debido considerando lo que son. El que obra así ha recorrido la primera etapa en el camino hacia la libertad (n. 13).

Pero la libertad humana debe modularse también de acuerdo a la verdad del Dios revelado. Cristo hace comprender al joven rico que su pregunta moral es en el fondo una pregunta religiosa. Ya el *Génesis* enseña con la imagen de la prohibición de comer del árbol de la ciencia del bien y del mal (Gn 2,7) que el poder de decidir sobre el bien y el mal no pertenece al hombre, sino sólo a Dios (n. 35). Sólo Dios puede responder a la pregunta

por el bien, porque sólo El es el Bien (n. 9), conoce lo que es bueno para el hombre y, movido por su amor a él, se lo propone en los mandamientos (n. 35). El hombre recibe de Dios el conocimiento del bien y del mal mediante la luz de la razón (ley natural) y de la Revelación (ley antigua y nueva), “que le manifiestan las exigencias y las llamadas de la sabiduría eterna. La ley moral debe considerarse expresión de la sabiduría eterna. Sometiéndose a ella, la libertad se somete a la verdad de la creación. Por esto conviene reconocer en la libertad de la persona humana un signo eminente de la imagen de Dios y que por ella el hombre está cercano a Dios, que ‘está presente en todos’ (cf. Ef 4,6); asimismo, conviene proclamar la majestad del Dios del universo y venerar la santidad de Dios infinitamente trascendente” (n. 41). Por eso, la libertad del hombre, modelada sobre la de Dios, no sólo no desaparece por su obediencia a la ley divina, sino que sólo mediante esta obediencia permanece en la verdad y responde a la dignidad del hombre (n. 42).

El orden objetivo moral viene también determinado por el fin que Dios ha establecido para el hombre. Dios es el fin último del hombre (n. 7). A la luz de Cristo, se desvela que Dios nos ha predestinado a entrar en amistad con Él y participar de su vida divina (n. 86), a ser hijos suyos en su Hijo (Ef 1,4-6) (n. 115) y “a reproducir la imagen de su Hijo’ (Rm 8,29)” (n. 45). El cristiano sabe, además, que ha llegado a ser una criatura nueva, hijo de Dios en el Hijo y en el Espíritu y que está llamado a la vida eterna (n. 73). *Ser libre del modo bueno que conduce a la salvación significa orientar la vida y el obrar moral hacia este fin último* (n. 72-73).

Finalmente, hay que tener en cuenta la verdad de Dios Redentor. El pecado se introduce en el mundo cuando el hombre deja de reconocer a Dios como Creador y a sí mismo como criatura y quiere decidir con independencia lo que es bueno o malo (n. 102). La libertad humana siente la fascinación de la autonomía absoluta y la tentación de abandonar su apertura a la Verdad y al Bien, y con demasiada frecuencia prefiere, de hecho, escoger bienes limitados, contingentes y pasajeros. Más aún, en los errores y elecciones malas, el hombre descubre el origen de una rebelión radical que le empuja a rechazar la Verdad y el Bien para erigirse en principio absoluto de sí mismo (n. 86). Ésta es la primera tentación, de la que se hacen eco todas las demás tentaciones, a las que el hombre está inclinado a ceder con mayor facilidad por las heridas de la caída original. Sólo la gracia de Cristo capacita al hombre para superarla (n. 102). Su libertad necesita ser liberada. Cristo nos ha liberado para ser libres (n. 86) y nos ha redimido, es decir, nos ha dado la posibilidad de realizar toda la verdad de nuestro ser librándonos del dominio de la concupiscencia (n. 103). El reconocimiento honesto de la verdad es lo que nos hace libres. Esto se hace realidad en la

adoración de Dios en espíritu y verdad (n. 87). Jesucristo nos enseña que la adoración de Dios constituye la raíz más profunda de la libertad y muestra con su vida entera, pero sobre todo en el momento supremo de la Cruz, que el hombre realiza el sentido último de su libertad en la entrega total de sí mismo a Dios y a los demás. Por eso, la contemplación de Cristo crucificado es la vía maestra por la que la Iglesia debe caminar cada día si quiere comprender el pleno significado de la libertad. Contemplando a Jesús crucificado la Iglesia encuentra la respuesta al interrogante que atormenta hoy a tantos hombres: ¿cómo puede la obediencia a las normas universales e inmutables respetar la singularidad e irrepetibilidad de cada persona? Contemplándole a él se descubre que el hombre realiza el sentido de su libertad en la entrega total de sí mismo a Dios y a los hermanos (n. 85). “Su carne crucificada es la plena revelación del vínculo indisoluble entre libertad y verdad, así como su resurrección de la muerte es la exaltación suprema de la fecundidad y fuerza salvadora de una libertad vivida en la verdad” (n. 87). Y la comunión con el Señor crucificado y resucitado es la fuente inagotable de la que la Iglesia se alimenta incesantemente para vivir en la libertad, entregarse y servir (n. 87).

El diálogo de Jesús con el joven rico nos ayuda a comprender las condiciones para la madurez de la libertad humana. El joven ha cumplido todos los mandamientos y, por consiguiente, ha recorrido la primera etapa en el camino hacia la libertad. Pero ante la persona de Jesús se da cuenta de que le falta algo. Jesús mismo subraya en su respuesta esa conciencia: “Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme” (Mt 19,21). El joven se muestra incapaz de dar el paso sólo con sus propias fuerzas. Para ello se necesita una libertad madura (“si quieres”) y el don divino de la gracia (“ven y sígueme”). Ahora bien, esa libertad madura no conlleva la liberación de los preceptos de la ley que están al servicio del amor: “No toméis de esa libertad pretexto para la carne” (Ga 5,13). Jesús le dice al joven rico que, si quiere ser perfecto, guarde los mandamientos. Pero la libertad madura a la que llama Jesús va más allá del cumplimiento minimalista de los preceptos: exige seguirle e incorporarse a él en la entrega total de sí a Dios y a los hermanos, entrega que es posible sólo por el don del Espíritu, que sana y transforma el corazón del hombre por medio de su gracia (n. 23-24). Por eso, quien vive según la carne ve la ley de Dios como un peso y una disminución de su libertad. En cambio, quien está movido por el Espíritu y desea servir a los demás, encuentra en la ley de Dios el camino fundamental y necesario para fomentar el amor libremente elegido y puesto en práctica. Más aún, se sentirá internamente movido a no estancarse en las exigencias mínimas de

la ley, sino a vivir ésta en su plenitud (n. 17). Así, pues, en Jesús, que es la Verdad, el hombre puede comprender y desarrollar mediante los actos buenos su vocación a la libertad en la obediencia a la ley divina, que se compendia en el mandato del amor a Dios y al prójimo. Es lo que ocurre por la fuerza del don del Espíritu, Espíritu de Verdad, de libertad y de amor. El Espíritu interioriza la ley en nosotros y nos habilita para percibirla y respetarla como un dinamismo de la verdadera libertad personal: la ley perfecta de la libertad (St 1,25: VS 83). El camino hacia esta libertad madura es incierto y frágil mientras estamos en la tierra, pero se hace posible por el don del Espíritu entrañado de tal modo en nosotros que nos habilita para responder con nuestra vida moral a la sublime vocación de ser “hijos en el Hijo”, que es una vocación de libertad (n. 17).

## II. CONCIENCIA, VERDAD Y COMUNIÓN

En sintonía con el Vaticano II (LG 16; GS 16), Juan Pablo II muestra un grandísimo aprecio por el valor de la conciencia. Coincide así con un aspecto importante de la sensibilidad moderna. Nunca como hoy el hombre ha sido tan consciente de que su dignidad y valor personal se deciden en la fidelidad a su propia conciencia. Por eso el hombre moderno es celoso de su propia autonomía en el juicio sobre las propias acciones. Ahora bien, el Papa afirma que la conciencia es la sede íntima de la relación entre la libertad y la ley y que su dignidad deriva de la verdad contenida en la ley y tiende a la comunión.

### 1. *La verdad moral de la conciencia*

Juan Pablo II destaca cuatro características de la verdad moral a la que está referida la conciencia: la interioridad, la trascendencia, su carácter de juicio práctico y su índole dialógica y comunional. La verdad moral es una verdad interior al hombre. Por eso el Papa aprecia la labor de los moralistas que han subrayado el carácter interior de las exigencias morales, las cuales no se imponen a la voluntad como una obligación extrínseca, sino en virtud de un reconocimiento previo de la razón humana y de la conciencia personal (n. 36). En efecto, para la constitución de la moralidad auténtica es imprescindible el paso del *tú debes* al *yo debo* de la convicción íntima de la conciencia. Esta instancia expresa el papel insustituible de la conciencia en la determinación del bien personal expresado por la ley. Por eso la educación moral no puede ser como la doma de un animal en la que lo único importante

es que éste realice un determinado acto, sino un proceso de maduración personal a impulsos de una convicción íntima.

Partiendo de este dato fundamental, el pensamiento moderno tiende a identificar la verdad moral con la índole interna del juicio de la conciencia y a excluir cualquier instancia superior. En efecto, algunos autores (J. J. Rousseau, I. Kant y J. G. Fichte) han negado la posibilidad de concebir una conciencia errónea. Cuando hablan de la autonomía de la conciencia, no se refieren sólo ni principalmente a esta dimensión interior de su relación con la verdad y la ley, sino a su competencia absoluta para “decidir” lo que es bueno o malo. La conciencia dejaría de ser testigo o lector de la verdad sobre el hombre para convertirse en creadora y constructora de la verdad y de la norma moral. Convierten así el principio correcto de que se debe seguir siempre el juicio de la conciencia en la afirmación errónea e incorrecta de que el juicio moral es verdadero por el hecho de que proviene de la conciencia (n. 32).

Frente a esta concepción autonomista y creativa de la conciencia, Juan Pablo II habla de la trascendencia de la verdad moral con relación a la conciencia. Afirma que, para que un juicio sea verdadero, no basta que provenga de la conciencia. La interioridad de la verdad moral debe ser concebida como la presencia en espíritu humano de la Verdad a la que hay que abrirse reverente y desinteresadamente para ser fecundado por ella y reflejar su esplendor (n. 64). En efecto, el diálogo interior del hombre consigo mismo en su conciencia es en realidad un diálogo con Dios. La conciencia es testigo de una verdad que la precede y supera. Pone al hombre ante la ley, siendo ella testigo de su fidelidad o infidelidad a la misma (n. 57). Es ante el hombre testigo y heraldo de Dios mismo cuya voz y cuyo juicio penetran su intimidad hasta las raíces del alma, invitándole con fuerza y con suavidad a la obediencia (n. 58).

La verdad moral no es una verdad meramente especulativa que hay que contemplar, sino una verdad que hay que vivir. La conciencia es testigo por medio de razonamientos sobre el hombre y sus actos. Se trata de juicios prácticos que aplican a las situaciones concretas la convicción racional de que se debe amar, hacer el bien y evitar el mal, que es el primer principio de la ley natural (n. 59).

Pero el juicio de la conciencia no establece la ley, sino que afirma la autoridad de la ley y de la razón práctica con relación al bien supremo, Dios, del cual la persona acepta el atractivo y acoge sus mandamientos. La conciencia no se expresa mediante decisiones autónomas sobre el bien y el mal, sino mediante juicios que reciben su valor de la verdad contenida en la ley a la que debe escuchar y aplicar (n. 60). Juan Pablo II puede afirmar que



la conciencia debe abrirse a la verdad a través de la ley sin temer violentar la conciencia porque concibe la ley como la expresión no de una voluntad extrínseca según el modelo frecuente en las leyes humanas, sino de la verdad sobre el bien de la persona y sus bienes particulares (n. 13).

Para no abusar de su altísima función, la conciencia debe percatarse de su posibilidad de errar y confrontarse permanentemente con la luz interior del Bien y con los otros hombres. Hay que distinguir dos niveles en la conciencia: el hábito de los primeros principios, y el de su aplicación a los actos concretos. En el primer nivel, la conciencia no se equivoca nunca; en el segundo, puede equivocarse. En efecto, en la conciencia habita siempre una chispa de la verdad sobre el bien, el hábito de los primeros principios de la razón práctica que Santo Tomás llama *sindéresis*. Rara vez se ha recubierto con tantas palabras abstractas una realidad tan valiosa para nosotros.

La *sindéresis* es la chispa de la conciencia, el foco de luz que la ilumina siempre. En efecto, a pesar de que se compare con algo tan móvil y volátil como la chispa, la *sindéresis* no es una luz intermitente en nosotros: es constante y hasta indestructible, pues se atiene a la naturaleza de nuestro espíritu en su apertura a la verdad y al bien. Esto significa que, en el fondo de la conciencia de todo hombre, subsiste un sentido natural del bien y del mal, una lucecita tenaz que invita a amar, da testimonio del bien y protesta contra el mal.

En nombre de esa chispa, la conciencia formula sus juicios que tienen carácter obligatorio en cuanto expresan la voz de Dios, que nos llama a amar, hacer el bien y evitar el mal (n. 58). Si queremos encontrar el camino de la verdad, debemos seguir siempre esa luz de la conciencia. Es la experiencia que hacía Newman cuando enseñaba a sus parroquianos que la obediencia a la conciencia conducía a la verdad, y cuando reconocía ante un amigo: "Una conciencia incorrecta, seguida fielmente, por la misericordia de Dios, me ha llevado a la larga al camino recto", o también, poco antes de su conversión: "He comprobado siempre que la obediencia a la conciencia, aunque estuviese equivocada, era el mejor camino para llegar a la luz". Como Newman sabía muy bien, no es el error el que conduce a la luz, sino la obediencia a la conciencia, porque en el fondo de ésta, por encima de nuestras oscuridades, brilla un rayo de la claridad de Dios, que se encarga de guiarnos hacia la verdad completa, si nos mantenemos dóciles a ella en las pruebas y rodeos de la vida.

Por eso Juan Pablo II aprecia el respeto que la cultura moderna proclama por el camino de la conciencia de cada uno (n. 31). Ahora bien, este respeto al camino de cada conciencia es expresión del respeto debido a la persona y a su modo libre y personal de acceder a la verdad, pero no equiparación

relativista de todas las decisiones tomadas en conciencia. Nunca es lícito confundir un error “subjetivo” sobre el bien moral con la verdad “objetiva”, ni es justo apelar al valor moral del acto realizado con una conciencia verdadera y recta, cuando se realiza un acto siguiendo el juicio de la conciencia errónea. El mal cometido a causa de una ignorancia invencible o de un error no culpable puede no ser imputable, pero ni siquiera en este caso deja de ser un mal, es decir, algo desordenado con relación a la verdad sobre el bien. Además, el bien no conocido no contribuye al crecimiento moral de la persona que lo realiza ni la dispone al bien supremo. Incluso podemos tener culpas que no logramos ver. La conciencia puede comprometer su dignidad cuando no trata de buscar la verdad y el bien, y se hace ciega como consecuencia de su hábito de pecado (n. 63). En definitiva, el hombre tiene el deber de seguir siempre la conciencia, aunque sea errónea, pero tiene también el deber de formar su conciencia en la verdad. Dostoievsky ha dejado escrito en su *Diario de un escritor*: “no diré jamás a nadie que siga su propia conciencia sin decirle acto seguido que debe preocuparse de formar su conciencia según la verdad. En caso contrario, le habré enseñado el camino más fácil para arruinarse”. Existe, pues, el deber de formar la conciencia de quien yerra de buena fe. Aquí se sitúa muchas veces la labor del sacerdote.

La última dimensión de la verdad moral de la conciencia es su índole dialógica y comunal. El sujeto moral no es un marinero solitario perdido en la inmensidad del océano que para orientarse debe consultar la brújula de su conciencia y dialogar sólo consigo mismo. Ciertamente la conciencia es una instancia íntima y personal, que no admite delegación ni sustitución, y menos disolución en un sujeto colectivo. Sin embargo, no cierra al hombre, sino que le lleva más allá de sí mismo: le abre al diálogo y a la comunión. “Para estar seguro de no engañarse a sí mismo, el hombre debe vivir confrontando con los otros sus puntos de vista sobre el bien y el mal”. La lucecita de la sindéresis que no cesa de lucir en la conciencia de todo hombre constituye una base sólida para edificar un diálogo moral con los demás hombres, a pesar de los errores, los pecados y contrariedades. Tiende a unir la aspiración al bien con el sentido de la verdad, que persisten en nosotros en la intimidad de la conciencia, como una chispa capaz siempre de propagar la luz y el fuego en el corazón y en la vida. También podemos compararla con una cuerda secreta, de una gran sensibilidad y capaz de conmover con una palabra justa y buena, un ejemplo sorprendente, un gesto de amistad o de perdón.

La trascendencia y la índole comunal de la verdad a la que está referida la conciencia explican la necesidad de hacerla objeto de continua

conversión a la verdad y al bien. En efecto, para poder distinguir cuál es la voluntad de Dios, lo bueno, lo agradable, lo perfecto (Rm 12,2), es necesario el conocimiento de la ley de Dios en general, pero esto no es suficiente: es necesaria la connaturalidad entre el hombre y el bien. Tal connaturalidad tiene sus raíces y se desarrolla en las actitudes virtuosas del hombre mismo: la prudencia y las otras virtudes cardinales, y, en primer lugar, las virtudes teologales de la fe, la esperanza y la caridad (n. 64).

## *2. La forma cristiana de la conciencia y su formación en la Iglesia*

La forma cristiana de la conciencia madura viene determinada por la afirmación de que "la verdad es Cristo" (n. 64), que es Hijo eterno del Padre y, al mismo tiempo, el principio ontológico que ilumina definitivamente la identidad del hombre (n. 53). Ahora bien, merced a la garantía del Espíritu, la verdad de Cristo nos es transmitida fielmente por la Iglesia. Luego la conciencia cristiana es una conciencia cristológica, pneumatológica y eclesial. Veamos.

a) la conciencia cristiana como participación en la conciencia filial de Cristo, la verdad, por obra del Espíritu.

Cristo es la Verdad que, revelando el rostro del Padre, revela también al hombre el Camino hacia la felicidad y la Vida. Al revelarnos el misterio del Padre y de su amor, Cristo manifiesta plenamente el hombre al hombre y le descubre la sublimidad de su vocación a la filiación divina. Por eso el misterio del hombre sólo se esclarece a la luz del misterio de Cristo (n. 2: GS 22). La verdad sobre el hombre que la razón humana puede descubrir es parte de la verdad completa que sólo resplandece en el rostro de Cristo. La verdad racionalmente accesible nos es devuelta, comprobada, purificada e iluminada a la luz de la fe: la fe sana la razón y le proporciona una luz superior.

Cristo revela plenamente la voluntad del Padre y enseña la verdad sobre el obrar moral (n. 8). Lleva a plenitud los mandamientos del Decálogo interiorizando y radicalizando sus exigencias. El mismo es el cumplimiento vivo de la ley en cuanto realiza su auténtico significado con el don total de sí mismo y se hace ley viviente y personal, que invita a su seguimiento, y da mediante su Espíritu la gracia y la fuerza para compartir su misma vida y amor (n. 15). Él ha vivido, en la concreción histórica de su existencia humana, el amor mismo del Hijo de Dios por el Padre, la obediencia perfecta a su voluntad (n.19, 87). Cristo es para nosotros la revelación del amor y de la entrega de sí a Dios y a los hermanos sobre todo en el momento supremo

de la cruz, anticipado simbólicamente en el lavatorio de los pies y perpetuado sacramentalmente en la Eucaristía (n. 21-22).

Por eso es necesario que el diálogo de Jesús con el joven rico sobre la cuestión moral se prolongue a lo largo de la historia, también hoy. Es necesario que el hombre de hoy, cada uno de los hombres de hoy, se dirija nuevamente a Cristo “porque es el único que puede responder con verdad plena, en cualquier situación, en las circunstancias más diversas” (n. 117).

Cada cristiano y cada hombre debe contemplar a Cristo en cuyo rostro resplandece con toda belleza el rostro y la Verdad de Dios (n. 2). A lo largo de la encíclica Cristo se nos presenta como amigo que acompaña, fascina y enseña, como verdad que ilumina, como fuente perenne de vida, como médico que sana las heridas y como Hermano mayor que nos incorpora a él en su retorno a la casa paterna y por el don del Espíritu nos hace partícipes del conocimiento, amor y felicidad que le une al Padre. Pues bien, todos estos aspectos resplandecen con belleza e intensidad singular en el Crucificado resucitado. Hacia él dirige el Papa su mirada e invita a que todos hagamos lo mismo. No nos invita a una contemplación distante de algo que no nos afecta, sino cercana e íntima, del misterio que nos abarca y envuelve. Nos invita a ver en Cristo al hombre cuya identidad divina y filial (Mc 15, 39) afecta al ser y obrar de todo hombre en cuanto labra y desvela su razón de ser, su destino y consistencia. Nos invita a penetrar en el Crucificado resucitado para encontrar allí la razón de ser, la identidad y la verdad del hombre.

La VS se refiere también a la función del Espíritu en la formación de la conciencia cristiana. La acción del Espíritu está íntimamente vinculada a la persona y obra de Cristo. En efecto, bajo el impulso del Espíritu el bautismo configura al hombre con Cristo y le asocia al misterio pascual de su muerte y resurrección. El Espíritu escribe la ley nueva de Cristo en el interior del hombre y le enseña lo que es necesario realizar iluminando el entendimiento, y ayuda a cumplirlo moviendo el afecto (n. 45). Al vincularle a Cristo, el Espíritu hace al hombre partícipe de sus bienes y, sobre todo, le hace hijo de Dios en y según el modelo del Hijo. Es el Espíritu el que restaura internamente al hombre, le capacita para vencer el mal y cumplir la ley nueva del amor, infunde vida en su cuerpo mortal y alumbra en él la esperanza de la vida futura (GS 22).

De lo dicho se deduce que la conciencia cristiana es participación en la conciencia filial de Cristo, el cual está en el Espíritu ante el Padre acogiendo plenamente su voluntad y, por tanto, llevando a cabo obediente y amorosamente la misión reveladora y salvadora que le ha encomendado. La génesis de la configuración de la conciencia cristiana radica en el acto de fe

por el que se reconoce a Jesús como el Hijo de Dios y se le acoge como verdad plena sobre Dios y sobre el hombre. La fe es al mismo tiempo don de Dios y acto humano, y, por consiguiente, un juicio de la conciencia, más aún, el juicio supremo de la conciencia. Es en el Espíritu como el cristiano participa en la conciencia filial de Cristo y acoge en sí la ley nueva del amor. Sin embargo, sólo Cristo acoge al Espíritu en la plenitud con la que le es dado por el Padre. Nosotros, por el contrario, lo podemos acoger sólo en parte: "hemos recibido sólo las primicias" (Rm 8,23). Por eso tenemos aún necesidad de las leyes escritas y de autoridades exteriores que nos las indiquen y que las interpreten. Las profecías de Ez 36 y Jr 31 acerca de una alianza nueva escrita en el corazón que hace innecesaria la instrucción externa sobre la voluntad de Dios (Jn 6,46; Hb 8), tienen ya una realización incipiente, pero incompleta.

La comprensión teológica de la conciencia cristiana, -entre el ya de las primicias y el todavía-no de la recepción total del Espíritu que explica la necesidad de la ley escrita-, permite superar la alternativa entre autonomía y heteronomía. El Hijo engendrado por el Padre es otro, pero no otra cosa. La alteridad es asumida y hecha propia en el Amor del Espíritu, aunque nunca se reduzca a la identidad. Insertándonos en el dinamismo de las relaciones trinitarias, el Espíritu nos capacita para cumplir la voluntad del Padre por amor, como "hijos en el Hijo" y, por tanto, en la plena libertad de los hijos de Dios. El Espíritu nos habilita para cumplir la voluntad del Otro, del Padre, sin alienarnos, como hijos. Pero esto no significa que se elimine la forma crucificada de la obediencia filial que el Verbo eterno asumió al aceptar el designio del Padre de encarnarse y salvar a los hombres, que Jesús experimentó en el Huerto de los Olivos ("Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad sino la tuya": Mt 26,39) y que de alguna manera es connatural al que permanece para siempre como el Crucificado resucitado. En el amor filial, es decir, en la gracia del Espíritu Santo, la alteridad es abrazada y rehecha como elección interior. Pero la gracia del Espíritu es el don pascual de Cristo, que se recibe por los sacramentos que brotan de su costado (n. 103) y se agradece y se pide en la oración. Por consiguiente, la forma cristiana de la conciencia madura implica el reconocimiento de la necesidad de la gracia del Espíritu y de la misericordia divina. La encíclica lo ilustra con la parábola del fariseo y el publicano. Presenta al primero como ejemplo de conciencia autosuficiente y al segundo, como ejemplo de conciencia penitente. El publicano reconoce la fragilidad de la naturaleza humana y no busca justificaciones subjetivas en sus faltas, sino la confirmación de su necesidad de redención, disponiéndose así a la gracia y a la misericordia. Su petición ("¡Oh Dios! Ten compasión de

mi, que soy pecador”: Lc 18,13) supone el reconocimiento de su propia indignidad ante la santidad infinita de Dios. El fariseo, en cambio, cree que puede cumplir la ley sin la ayuda de la gracia y está convencido de no necesitar misericordia (n. 104). La conciencia autosatisfecha tiende a hacer de la propia debilidad el criterio de la verdad sobre el bien y tiene el peligro de intentar adaptar la norma moral a las propias capacidades o intereses (n. 105).

b) La conciencia cristiana como participación en la conciencia esponsal de la Iglesia y comunión con su magisterio.

La contemporaneidad de Cristo respecto al hombre de cada época se realiza en el cuerpo vivo de la Iglesia. Ésta ha sido querida por Dios para que los hombres puedan realizar el encuentro con Cristo y recorran con él el camino de la vida (n. 7). El Señor prometió y envió a sus discípulos el Espíritu Santo, que les recordaría y les haría comprender sus mandamientos, y sería el principio fontal de una nueva vida para el mundo (n. 25). Por eso, acoger la Verdad que es Cristo y entrar en relación de fe con Él implica la aceptación de la maternidad eclesial que le prolonga en la historia acompañando al cristiano con juicios autoritativos sobre lo que es o no conforme a la fe. La conciencia cristiana, internamente estructurada por la fe en Cristo como el Hijo de Dios y permeada por la presencia del Espíritu, está íntimamente orientada y vinculada a la totalidad del Cuerpo de Cristo. La eclesialidad es, pues, una dimensión constitutiva de la conciencia moral cristiana.

La VS presenta a la Iglesia como Esposa de Cristo y Madre y maestra de la verdad moral (n. 95). La primera imagen pone de relieve la relación de la Iglesia con el Esposo, que le permite conocer mediante el Espíritu sus mandamientos y sus sugerencias. La figura concreta y la realización plena de esta dimensión de la Iglesia es María, la Virgen de la Anunciación, en total disponibilidad al Espíritu (n. 120), que se abre a la verdad sin reserva alguna. San Ignacio de Loyola, en sus *Ejercicios espirituales*, define esta actitud fundamental ante la Verdad con el término de *vergüenza*: temor reverencial, que es consciente de la grandeza del don y que teme ofender su dignidad. Emerge así la primera indicación para la formación de la conciencia: sólo en la comunión con la Iglesia, en su forma mariana de total disponibilidad al Espíritu, es como la conciencia cristiana accede a la Verdad en persona que es Cristo. Juan Pablo II dice que éste es precisamente el “secreto formativo” de la Iglesia: “ella mira cada día con incansable amor a Cristo, plenamente consciente de que sólo en él está la respuesta verdadera y definitiva al problema moral” (n. 83).

De la fidelidad esponsal a Cristo, la Verdad, brota para la Iglesia la posibilidad de ser *Madre*. Este título la pone en relación con nosotros a lo largo de la historia y del espacio. Como el pueblo de Israel seguía a Dios por el desierto, así los discípulos siguen a Jesús (n. 19) y forman un pueblo que camina por la historia (n. 111). A lo largo de ésta, la Iglesia nos va engendrando y educando en la vida nueva de hijos de Dios y, mediante el don del Espíritu que le da su Esposo, va conduciendo nuestra conciencia filial al encuentro con la Verdad. Como Esposa de Cristo y madre solícita de los cristianos, la Iglesia presta un gran servicio a la conciencia ayudándola a no ser zarandeada de acá para allá por cualquier viento de doctrina engañosa humana para que no se desvíe de la verdad sobre el bien del hombre, sino que la alcance con seguridad, especialmente en las cuestiones más difíciles, y se mantenga en ella (n. 64).

Dirigiéndose a los Obispos como Obispo y, a la vez, como Papa, afirma Juan Pablo II: "Cada uno de nosotros conoce la importancia de la doctrina que representa el núcleo de las enseñanzas de esta Encíclica y que hoy volvemos a recordar con la autoridad de Pedro. Cada uno de nosotros puede advertir la gravedad del problema en su conjunto, del que se trata, no sólo para cada persona, sino también para toda la sociedad, por la *reafirmación de la universalidad e inmutabilidad de los mandamientos morales* y, en particular, de aquellos que prohíben siempre y sin excepción los *actos intrínsecamente malos*" (n. 115).

Así, pues, la doctrina tradicional acerca de la universalidad e inmutabilidad de los mandamientos morales constituye el núcleo doctrinal que el Papa vuelve a proponer con la autoridad de Pedro. Juan Pablo II distingue entre los preceptos positivos y los negativos y hace recaer el peso de su magisterio autoritativo principalmente sobre los preceptos negativos que prohíben siempre y sin excepción los actos intrínsecamente malos. Esta defensa firme de la universalidad de las normas negativas que prohíben siempre y sin excepción los actos intrínsecamente malos no es un signo de intransigencia, incompatible con la condición maternal de la Iglesia, pues ésta no puede separarse de su misión docente. La verdadera comprensión y compasión deben significar amor a la persona, a su verdadero bien y a su libertad auténtica, y esto no se hace escondiendo o debilitando la verdad moral, sino proponiéndola diáfananamente. Pero se le propondrá al hombre con respeto profundo y sincero, lleno de amor paciente y confiado, y prestando atención a no quebrar la caña cascada ni apagar el pábilo vacilante (Is 42,3). Se ha de seguir el ejemplo de Cristo, que fue intransigente con el mal, pero misericordioso para con las personas (n. 95).

## CONCLUSIÓN

Contemplando la VS en perspectiva histórica, creo no equivocarme si digo que en ella Juan Pablo II nos ha trasladado del Egipto de una moral polarizada en torno a la obligación (la de los manuales neoescolásticos que hunden sus raíces en el voluntarismo ockamista y nominalista, y la moderna ética del deber de ascendencia kantiana) a la tierra prometida de una moral de la felicidad, de la ley como camino de la vida, la admiración, seguimiento e incorporación a Jesús, la perfección de las bienaventuranzas, la gracia del Espíritu, el amor, la misericordia y la libertad de la gran familia de los hijos de Dios.

Juan Pablo II ha procedido como un padre que saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo (Mt 13,52). Ofrece el vino eternamente nuevo de la moral evangélica en odres también nuevos, que ha recuperado bebiendo en las fuentes vivas del mismo Evangelio y de la Tradición eclesial (n. 114). Estos odres participan de la eterna novedad del Evangelio y ayudan a superar la oposición sistemática entre la conciencia y la ley de Dios, entre la razón y la fe, entre la libertad y la verdad, entre la libertad individual y la obediencia al Magisterio. Los nuevos odres permiten “saborear” la ley de Dios como el camino de la vida, la fe como la sanación e iluminación superior de la razón, y el Magisterio de la Iglesia como la garantía externa y objetiva fundada en la promesa del Espíritu. Ayudan a unificar la vida cristiana (y humana) porque son creación del Espíritu que, a la vez que ilumina desde el interior a la conciencia cristiana y le hace preferir íntimamente el bien aunque sea difícil, le proporciona externamente una comunidad eclesial en la que puede “ver” la belleza viva y fascinante de la verdad moral (n. 107). El Papa nos enseña el camino de la vida, un camino ciertamente arduo, pero que conduce a la felicidad, y que podemos emprender con vigor y entusiasmo sólo desde el convencimiento de que la conciencia, la razón y la libertad, por una parte, y la ley de Dios, la Revelación y el Magisterio de la Iglesia, por otra, no están enemistados sino amistados. Contribuir a mostrar plausiblemente este amistamiento constituye un objetivo íntimamente acariciado por Juan Pablo II al escribir esta encíclica.

Dice Juan Pablo II que la teología moral, sin despreciar los métodos empírico-formales y sus puntos de vista sobre la vida moral, atiende sobre todo a la dimensión espiritual del corazón humano y a su vocación al amor divino (n.112). En efecto, cuando intenta mostrar el amistamiento entre realidades que la cultura moderna contempla antinómicamente, el Papa habla desde la fe en el misterio de gozo, de responsabilidad y de iluminación



que es el designio amoroso de Dios Padre de hacer a los hombres hijos suyos en el Hijo dador del Espíritu. Firmemente alojado en este sólido fundamento y centrado en esa perspectiva, Juan Pablo II descubre que la razón humana está misteriosamente predispuesta a la filiación: el hombre busca con ella el sentido último de la vida y el camino que conduce hacia él, pero, a la postre, tiene que reconocer que la luz y el camino vienen siempre del Padre de las luces, revelado definitivamente en la persona de su Hijo y hermano mayor nuestro por el don del Espíritu. Descubre asimismo que la memoria humana es una memoria misteriosamente predispuesta a la filiación: el hombre se presiente en la trashumancia y, por ende, aprecia el solaz que le proporcionan los albergues del camino, pero su esperanza, su gran esperanza, sólo la tiene en el hogar paterno, por el que le hace suspirar el Espíritu y hacia el que le dirige incorporándole al Unigénito del Padre y primogénito entre los hermanos. Descubre finalmente que la voluntad humana está misteriosamente predispuesta a la filiación: el corazón del hombre busca por doquier el amor hermoso y fecundo, pero a la postre le sabe a poco todo abrazo amoroso en el que no esté el Padre o no sea incorporación y participación en el Amor personal y eterno en el que se aman el Padre y el Hijo.

Decía Pascal que “el conocimiento de Dios sin el conocimiento de la propia miseria engendra soberbia; el conocimiento de la propia miseria sin el conocimiento de Dios engendra desesperación; el conocimiento de Jesucristo está en medio de ambos extremos, porque en él reconocemos tanto nuestra grandeza como nuestra limitación”. Pues bien, la contemplación del costado abierto de Cristo Crucificado a la que nos quiere llevar el Papa, la comunión con el Señor muerto y resucitado (n. 87) y la plegaria para que venga el Espíritu en nuestra ayuda, no engendran soberbia ni desesperación, sino humildad y esperanza. El Espíritu nos habilita, por una parte, para captar nuestra incapacidad para cumplir por nosotros mismos todas las exigencias de la ley moral y descubrir así nuestra servidumbre de la concupiscencia; pero, por otra parte, nos impele a implorar la misericordia del Padre, nos obtiene el perdón y la reconciliación uniéndonos por la fe al Hijo, y entrañándose en nosotros nos habilita para cumplir la ley con deleite y por amor. El Espíritu, que sondea las profundidades de Dios y las intimidades de la conciencia, nos ilumina para captar la relación de nuestros pecados con la cruz de Cristo y, por consiguiente, la insondable gravedad de los mismos. Pero nos ilumina para descubrir también allí el amor inconmensurable del Padre que no sólo nos ha predestinado a ser hijos suyos en su Hijo, sino que, además, ha sido fiel a la obra comenzada. Más aún, mostrándonos cómo inmoló al Hijo para rescatarnos cuando éramos esclavos, hace brotar

la alegre certeza de que llevará a cabo en nosotros la obra comenzada. Al ponernos en relación con la Cruz de Cristo, el Espíritu, luz de las conciencias, hace que nuestra conciencia sufra por el mal cometido y se le abra así el camino hacia la conversión, el perdón de los pecados y su purificación en la Sangre del Cordero. Ninguna liberación de complacientes doctrinas filosóficas y teológicas puede hacer verdaderamente feliz al hombre, dar paz a su conciencia y salvación a su vida: sólo la Cruz y la gloria de Cristo resucitado (n. 120).

Hacia él he dirigido muchas veces mi pensamiento durante el estudio de la encíclica, estudio que ha sido para mí una experiencia de gracia, de belleza, de emoción y de felicidad. De gracia, porque me ha ayudado a descubrir más nítidamente el rostro misericordioso del Padre, ha fomentado en mí el deseo de incorporarme más estrechamente al Hijo, y la acción interna del Espíritu me ha hecho gustar íntimamente las difíciles exigencias de la vida cristiana; de belleza, porque me ha ayudado a descubrir que el mensaje moral cristiano no es sólo verdadero y bueno, sino además bello, bello en su doctrina y bello en sus ejemplos vivos como Jesús, María y los santos, sublime en los mártires, y sublime hasta cegarnos y enmudecernos en el Crucificado; de emoción, porque más de una vez me ha embargado la emoción, no la emoción sentimental o sentimentalista, sino la emoción objetiva ante la realidad desbordante de la gracia que me envolvía y me abrazaba, el pasmo interior ante la grandeza y bondad de Dios; y de felicidad, porque a veces me he sentido envuelto en los brazos poderosos de Dios, inundado por su luz y belleza, seguro de su amor y deseoso de amar.

María es Madre de Misericordia. En la Anunciación realiza al máximo la actitud de obediencia, admiración y apertura de la criatura frente al Creador. Confiándose plenamente a la voluntad de Dios, acoge con admiración y pasmo íntimos la gracia fecundante del Espíritu y engendra a su Hijo que revela el amor misericordioso del Padre y no viene a condenar, sino a salvar. Y junto a la cruz dilata el corazón, acepta ser madre de todos y cada uno de los hombres y se une a su Hijo en la petición al Padre para que perdone a los que al pecar no saben lo que hacen (n. 120). Ningún pecado nuestro puede extinguir la misericordia de Dios ni impedir que ésta ejerza toda su potencia victoriosa, a condición de que la imploremos. María, Madre de misericordia, cuida de todos para que no se vacíe de contenido la cruz de Cristo, para que el hombre no se aparte del camino del bien, no pierda la conciencia del pecado y crezca en la esperanza en Dios, "rico en misericordia".